

ALVARO DELGADO

"La pintura es una cosa muy difícil. Absorbe al hombre entero, en cuerpo y alma; así es como he pasado, ciegamente, por encima de muchas cosas que pertenecen a la vida real y política..." Las palabras transcritas, del expresionista alemán Max Beckmann, podrían ser también la bandera definitoria de Alvaro Delgado, pintor español de nuestros días que, últimamente, está realizando los retratos más "indiscretos" de que tiene noticia el arte español contemporáneo.

Absorbido por entero, en cuerpo y en alma, así lleva pintando, más de 25 años, Alvaro Delgado, un hombre que llegó a la pintura por los caminos más imprevistos. Hijo de un empleado de comercio, sin ninguna vinculación

artística o intelectual en la familia, la Guerra Civil española llega cuando Alvaro tiene 13 años y estudiaba en la Escuela de Comercio. Golfear, correr calles, llegar hasta el puente de Toledo madrileño para ver a los milicianos que iban hasta el frente cercano de la Casa de Campo, esto es lo que hacía Alvaro Delgado al igual que otros muchos muchachos que la Guerra había dejado en una forzosa vacación escolar permanente. Sorprendido por la Guerra, no hay nada más sorprendente, ni más absurdo que la Guerra: todo orden queda trastocado, toda norma abolida; lo imprevisto se erige en cotidiano. Este es el clima, este es el ambiente para un adolescente vivaz.

No se sabe por qué misterios, o por qué

designios, la única escuela de Madrid que permanecía abierta era la de Artes y Oficios. En la de la Calle de los Estudios es matriculado Alvaro Delgado, como remedio obligado de sujeción.

De algunos artistas es preferible conocer sólo su obra, ya que su vida o no tiene el menor interés humano, o está en aparente contradicción con su quehacer artístico. Pero de otros, es muy conveniente saber cuál ha sido su peripecia humana, porque de ella podemos deducir un conocimiento más acertado de esa misma obra, ya que obra es vida y lo contrario. "El pintor pinta para descargarse de sentimientos y visiones", decía don Pablo Picasso, que de pintura, de vida y de visiones sabe muchísimo. Es indudable que las visiones de la Guerra, vivida en una edad semiinconsciente, marcarían, para siempre, al muchacho Alvaro Delgado, que descubre en el dibujo unas dotes por nadie sospechadas. Dibujo de copia de estatua, de la más ortodoxa academia, que, si bien a ciertos espíritus poco creadores puede invalidar, también es cierto que ayuda a conseguir una preparación que puede ser decisiva.

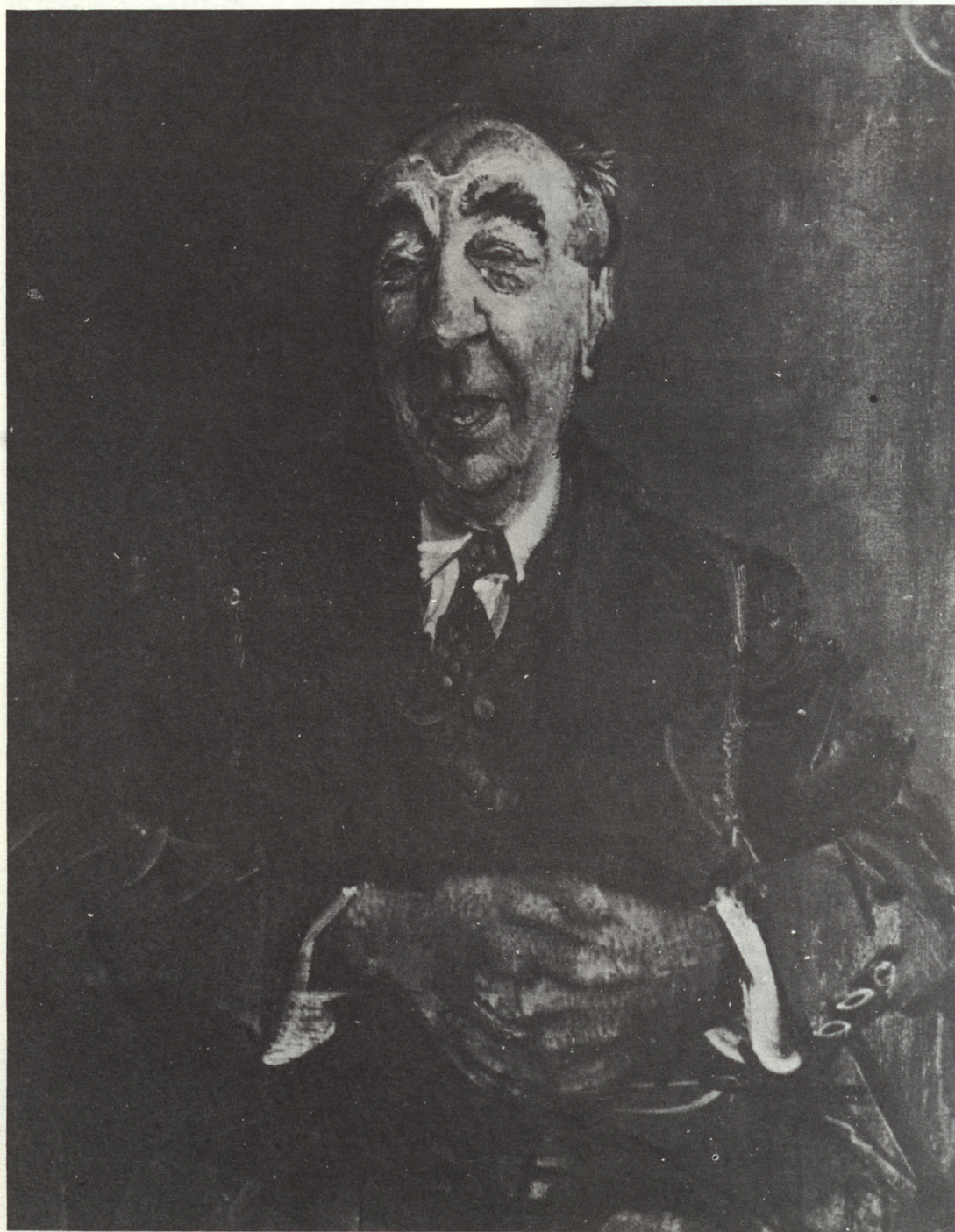
Alvaro Delgado pasa después, y ante las dotes pictóricas que, de improviso, se manifiestan, de la Escuela de Artes y Oficios a la Academia de Bellas Artes, que también seguía abierta en plena Guerra en los altos de la Biblioteca Nacional. El director de ella, en aquel entonces, era Daniel Vázquez Díaz. El propio Alvaro Delgado lo ha escrito recientemente: "Decidí ser pintor en los atroces años de nuestra Guerra Civil. Entre 1937 y 1942 trabajé con Vázquez Díaz y Benjamín Palencia. Conservo recuerdo más vivo del hambre, del sueño y de la desesperanza de aquellos años que de lo que pude aprender de ellos. Se me ha incluido en grupos que, en verdad, no pasaron de proyectos y que, desde luego, jamás tuvieron un programa claro".

Alvaro Delgado se refiere a su inclusión en la llamada Escuela de Vallecas, primero, y en la Escuela de Madrid, después. Precisamente en el número anterior de esta revista, comentando la obra de Benjamín Palencia, se aludía a la creación de la "Escuela de Vallecas" y recogíamos las opiniones de su fundador. Ahora, casualmente, tenemos la oportunidad de ver el mismo problema desde un ángulo opuesto y entre ambos extremos el lector podrá sacar las consecuencias que estime oportunas.

"Para mí, la llamada "Escuela de Vallecas" no tuvo nunca existencia real. No pasó del puro disparatado intento de un grupo de muchachos generosos, románticos y desahogados que dirigió Benjamín Palencia".

El párrafo transcrito es del propio Alvaro Delgado, igual que el siguiente:

"Al final del año 1945 aparece, en Madrid, un librero alemán, Bucholtz, quien establece una librería y salón de exposiciones en el paseo de Recoletos. Busca pintores jóvenes no conformistas. Para agruparlos inventan un título que lo justifique y, siguiendo el antecedente de París, lo llaman "La joven Escuela Madrileña". Pero a mi juicio lo que nos da fisonomía particular, lo que nos hace parientes por encima del signo



El profesor CAMON AZNAR

plástico es esa implicación de la vida y de la pintura. Es la misma actitud del grupo de Vallecas: el enfrentamiento con el hecho vivo, con el mundo circundante y la reducción de esta experiencia a mensaje pictórico. El mundo vale la pena de ser vivido y contado”.

Entre la Escuela de Vallecas y la Escuela de Madrid, Alvaro Delgado va cristalizando su talla de pintor. No le debió ser fácil, porque nada era fácil en aquellos años de penurias y de dificultades. Ello explica, en gran parte, la necesidad que tenían los artistas de agruparse ¡los artistas españoles! los más libérrimos y personalistas del mundo.

El trípode en el que Alvaro Delgado se apoyó para caminar su andadura pictórica se compuso de composición de figura, bodegón y retrato.

Estas tres preferencias temáticas siguen siendo las que aún guían a Alvaro Delgado, con excepción última del bodegón que, cada vez, pinta menos. Las figuras campesinas constituyen ahora casi obsesión en su obra y cuando decimos figuras campesinas lo mismo nos referimos a labriegos y pastores que a las cabras o gallinas que, con ellos, conviven. Todos son hijos del Paisaje, hijos del Pueblo. Alvaro Delgado los observa con su afán analítico y de la masa que todos juntos forman, él los aísla en caracteres que, muchas veces, se confunden hasta el extremo de que la gallina parezca señora o la cabra ría con mueca de intelectual.

La pintura de Alvaro Delgado ha ido creciendo en expresividad y en libertades. Es muy sintomático que su obra ha tomado como conscientes cánones determinadas conquistas formales del cubismo y del expresionismo, las dos tendencias pictóricas más revolucionarias, más personalistas. Y no se puede decir que Alvaro Delgado haya sido cubista puro, aunque sí se puede decir que es expresionista feroz. Pero de un expresionismo en el que pueden apreciarse los métodos de análisis, de separación estúdiosa, propios del cubismo.

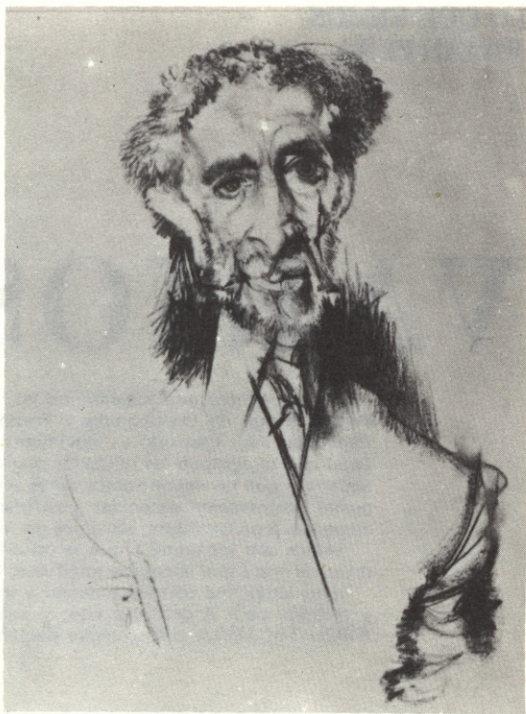
“Uno de mis problemas es hallar el “ego”, que sólo tiene una forma y es inmortal; hallarlo

en animales y hombres, en el cielo y en el infierno, que juntos forman el mundo en que vivimos”. La cita vuelve a ser de Max Beckmann, con quien tantas cosas en común tiene Alvaro Delgado, hasta la misma manera descarada de mirar y las mismas preocupadas arrugas entre las cejas. Alvaro Delgado es cazador, anda a la caza de ese “yo” personal de todas las cosas, lo mismo da que sea persona que bestia de labor que animal doméstico, ya que, en definitiva, todo es la misma cosa. Esta actitud anímica e intelectual le ha llevado a formular los retratos “indiscretos” que, últimamente, viene realizando y que constituyen su aportación más valiosa a la larga serie de maneras de entender la iconografía en la pintura española.

—Un retrato es una exploración en las tripas espirituales del sujeto.

Esta es la definición que Alvaro Delgado me ha dicho. Y en verdad que corresponde a su manera última de retratar. Tiene la misma responsabilidad y la misma irresponsabilidad del trabajo de un cirujano, el mismo impudor del reconocimiento de un médico, el mismo desdén por la integridad física de un operador. Saja por donde sea necesario, muestra las íntimas vergüenzas, evidencia, a la luz, todo lo que, habitualmente, se esconde. El resultado son arquetipos, más que tipos, en determinadas veces; y que un mismo personaje pueda parecer otro también.

A este respecto son curiosas las anécdotas que el propio Alvaro Delgado me ha confiado en nuestras frecuentes charlas. Cuando en una galería de Barcelona expuso la serie de retratos del Negus, un crítico se le acercó a felicitarle por el “asombroso parecido” y preguntarle, a la vez: “¿Cuando hizo usted estos retratos, en vida, o después de muerto?” El pintor se quedó perplejo, pues no sabía que el Emperador de Abisinia hubiese dejado el mundo de los vivos, y, cautamente, se atrevió a insinuar “¿A quién se refiere?”. La contestación fue categórica “¿Pues a quién me voy a referir, al retratado, a Ramón Menéndez Pidal?”.



EL NEGUS

¿Es, lo que acabamos de referir, un descrédito para Alvaro Delgado? Más bien lo interpretamos como lo contrario, porque tenemos muy presentes aquellas palabras con las que Goya anunciaba la publicación de sus “Caprichos”: “La pintura (como la poesía) escoge en lo universal, lo que juzga más a propósito para sus fines; reúne, en un solo personaje fantástico, circunstancias y caracteres que la naturaleza presenta repartidos en muchos y de esta combinación, ingeniosamente dispuesta, resulta aquella feliz imitación, por la cual adquiere un buen artífice el título de inventor y no de copiante servil”.

Un buen artífice inventor, Alvaro Delgado, exaltador de caracteres, arrebatado humanista.

ENRIQUE GRANADOS

Campesino

